

SOBRE LA OPINION EMITIDA POR EL SEÑOR ISTÚRIZ

**CONTRA LA CONVOCACIÓN DE LAS CORTES EN LAS
CIRCUNSTANCIAS DE AQUELLA ÉPOCA**

SOBRE
LA OPINIÓN EMITIDA POR EL SR. ISTÚRIZ

CONTRA LA CONVOCACIÓN DE LAS CORTES
EN LAS CIRCUNSTANCIAS DE AQUELLA ÉPOCA

Artículo publicado en la Revista «Mensajero» de 14 de Agosto de 1835.

Señores editores de la Revista *Mensajero*.

Muy señores míos: La opinión emitida por el Sr. Istúriz en el periódico de Uds. contra la convocación de las Cortes en las actuales circunstancias en que nos encontramos, ha llamado poderosamente mi atención, no sólo por la importancia que en sí tiene, sino también por la que recibe del digno diputado que ha levantado su voz para sostenerla en medio del naufragio que á nuestra sociedad amenaza, y de la disolución á que con pasos de gigante camina. Y yo también, aunque no revestido con la misión honrosa de representar al pueblo en la tribuna nacional, quiero levantar la voz hoy, porque, en el temporal deshecho que corremos, fuera mengua poner un sello á mis labios cuando pueden pronunciar una palabra de salvación en medio de tantas otras como se cruzan y se levantan, formando un confuso clamoreo, anunciador de catástrofes y síntoma cierto de ruina. Pero antes de todo examinemos nuestra situación actual, porque una vez examinada, nos será más fácil encontrar el medio de mitigar, ya que no de destruir, los males que nos agobian.

La nación española, tal como á mis ojos se presenta, no es una sociedad, sino un campo de batalla, y no es un campo de

batalla en donde dos ideas combaten por la dominación, sino en donde cada individuo despliega al aire una bandera por él sólo defendida, y cuando más de pocos aclamada. En algunas leo el nombre de Inquisición; en otras el de libertad; en otras no miro un nombre, sino una mancha de sangre; en otras, en fin, miro grabado el nombre de *exterminio* con una pluma de fuego. En vano busco en derredor el poder social que nos ha de servir de faro, y en vano busco en el cielo la estrella que nos ha de servir de guía. Al primero le sepultaron los escombros; la segunda está velada por la tempestad que nos conduce al abismo; entretanto sólo se divisan aquí y allí figuras siniestras, que sólo aparecen á la luz cuando las sociedades expiran, para formar de su cadáver un Trono y dar principio á su reinado, que es el reinado del crimen; de este campo de desolación y de muerte se eleva un vapor de sangre, vapor que nos sofoca, vapor que ha manchado la túnica resplandeciente de la libertad en su cuna. El que estas líneas escribe no se asusta de las revoluciones; ha visto pasar la del 89 en Francia, y la ha saludado en la Historia; ha visto pasar en sus días la revolución de Julio, y ha saludado al pueblo-rey ¹ que, levantándose como un solo hombre, hizo en tres días la obra de tres siglos, y se reposó después majestuoso y sublime, inmaculado, como el sol que presencié su victoria; pero entre nosotros, ¿dónde está el pueblo que combate por su libertad armado de todas armas? Mis ojos sólo miran un combate de pigmeos que luchan en una tierra movediza, donde se sepultarán hoy los que sucumben, mañana sus vencedores; hoy los asesinados, mañana los asesinos.

Tal es nuestra presente situación: las causas de su existencia las referirá la Historia. La posteridad severa dirá que aquí no ha habido un solo hombre digno de dirigir al frente del Gabinete el Estado, que si perece, perece víctima de crímenes aje-

¹ Mejor hubiera dicho el populacho embriagado por la falsa libertad de los modernos apóstoles y regeneradores de la sociedad en nuestros miserables días. Por lo demás, bien claro se ve que Donoso ponía entonces buena cara á las revoluciones más impías.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nos y de ajenos extravíos. De todos modos, inútil sería la averiguación de las causas que nos han conducido á la disolución que todos lamentamos. Y lo que ahora importa es ver si en medio de esta lucha ensangrentada entre los elementos que á nuestra presencia combaten, se descubre por entre las amontonadas ruinas un punto luminoso de donde pueda partir un rayo de esperanza. Sí, yo lo veo, y ese punto es el Estamento de Procuradores, único puerto de salvación para el Estado; único centro de reorganización y de vida; único abrigo para los que naufragan, y en donde mis ojos se reposarán con placer esperando el momento en que aparezca el iris de ventura, hasta que las oleadas penetren en su sagrado recinto ó hasta que la reduzca á pavesas el incendio.

El Sr. Istúriz está demasiado versado en la Historia para no conocer que, en circunstancias semejantes á las nuestras, jamás se han salvado las naciones sino por medio de un dictador, ó por medio de los esfuerzos generosos de los representantes del pueblo, que deben presidir á sus triunfos ó sepultarse en su tumba; una corona y un ciprés aguardan al diputado por término de sus afanes; en la tribuna nacional debe resignarse á que el segundo le cubra, ó debe ceñirse la primera. Si en medio de las últimas convulsiones del organismo social quedan desiertas y abandonadas las sillas de los representantes del pueblo; si éstos no tienden á la nación que se abisma una mano protectora; si no se escucha en el recinto donde celebran sus reuniones, aquella voz de consuelo que serena las tempestades y señala los escollos; si silenciosos y mudos dejan pasar delante de sí el féretro de la libertad llevado por unas manos profanadoras é impías, tiempo vendrá en que se presenten al pueblo, y el pueblo les pregunte: *¿Quiénes sois?* y no le responderán; y si por ventura le responden: *Somos tus representantes*, el pueblo tornará á decirles: *No os conozco; cuando el huracán bramaba, y los cimientos en que se afirma mi poder se conmovían, mis ojos os buscaron en vano, y no pudieron hallar ni vuestros cadáveres, ni vuestras personas; mis timbres y mis*

blasones fueron arrastrados entre la sangre y el lodo, y no os encontré en el campo de batalla para luchar con el torrente y levantarlos del cieno; no, no os conozco, porque mis ojos no os han visto á mi lado en el momento del peligro.

Si la Historia enseña algo, enseña que las asambleas populares no se han elevado al Poder, ni se han rodeado de una aureola brillante de gloria y de prestigio, sino poniéndose al frente de las naciones en los momentos de crisis para dirigir las en su azarosa carrera. Entonces, y sólo entonces, los pueblos las tributan adoraciones y las preparan coronas; entonces, y sólo entonces, el Gobierno representativo es una *Verdad* para todos, porque es una garantía de salud en medio de las borrascas políticas. El Sr. Istúriz ha olvidado, por un momento en su vida, que es diputado del pueblo, y se ha acordado sólo de que es miembro de la oposición parlamentaria; ha sacrificado (sin tener la conciencia de su sacrificio) á los intereses aparentes de una fracción de la asamblea nacional los intereses reales de la asamblea misma; he dicho *los intereses aparentes de una fracción de la asamblea nacional*, porque el interés real de toda oposición parlamentaria es rendir homenaje á la mayoría que combate para engalanar su frente con sus ricos despojos por precio de su victoria.

Pero el Sr. Istúriz teme que el Ministerio, causa en su opinión de todos nuestros males, se gane una mayoría en las Cortes por los medios comunes á todos los Ministerios en semejantes circunstancias. Pero ¡Dios mío! ¿qué puede ofrecer el Ministerio de esta sociedad que se desmorona entre sus manos? ¿Quién ambicionará el saludo del Poder cuando imprime un sello de proscripción en el desgraciado que se envanece y le responde? ¿Quién querrá salir del olvido protector de sus hogares ó del sagrado recinto en donde se forman las leyes, para lanzarse en un mar sin límites y sin puertos, en donde el rayo que brilla alguna vez es el que lleva la muerte, y no el que envía la esperanza? ¿Quién querrá decir: *Soy una autoridad*, cuando la autoridad, como una mujer cortesana, se ve expuesta en me-

dio de las calles al ludibrio de los que la miran ó á las oleadas furiosas de un populacho frenético que quiere borrar con una brocha ensangrentada las distinciones sociales? Si el Ministerio actual tiene una mayoría en las Cortes, cosa para mí tan difícil como inesperada, fuerza será confesar que jamás hubo un Ministerio que se presentase en la arena con menos elementos de seducción, elementos que á tantos otros han procurado la victoria. La que por él fuese alcanzada, no temo decirlo, ni que el éxito venga á desmentir mi profecía, sería el resultado necesario de convicciones imparciales y profundas. Ni vale decir que amansará la cólera del Estamento con promesas engañosas; ¿quién cree en promesas si las acciones las desmienten? ni ¿quién aguarda á que se cumplan cuando la sociedad se desploma?

Pero no se trata aquí ni de la oposición ni del Ministerio; se trata de la sociedad y del Trono: no imitemos á los imbéciles habitantes de la ciudad de Constantino, que mientras disputaban sobre cuestiones pueriles, veían desprenderse de las sienes de sus raquíticos Emperadores la corona de dos mundos. Cuando la Providencia quiere borrar á las naciones del libro de la vida, hace aparecer en ellas escolares que disputen. Cuando quiere trazar alrededor de su destino un luminoso círculo de gloria, les envía hombres que combatan. Ahora bien: en nuestra presente situación, ¿qué hay enfrente del Ministerio? Un puñado de asesinos. ¿Qué hay detrás del Ministerio? Un Trono vacilante y una nación abandonada. Y si los puñales, después de haber atravesado el corazón de los Ministros, pasasen más allá, ¿qué brazo los defendería? Y aun cuando no pasasen, ¿en dónde está la mano suficientemente poderosa para arrancar de las entrañas de la sociedad el Poder constituyente, ese gran hecho que ninguna asamblea popular debe permitir, sin mengua de su gloria, que sea producido por otras manos que las suyas? Abandono á la consideración del Sr. Istúriz las importantes reflexiones á que da lugar la vista de este cuadro que bosquejo entre sombras; su acendrado patriotismo podrá decirle lo de-

más, y le dirá sin duda que, en tan deshecha borrasca, sólo las Cortes son las herederas legítimas del Poder, que puede quedar á la merced del primero que se atreva á recogerle, y que sólo las Cortes pueden recibir en su seno la libertad ya mutilada y hacerla un Trono inexpugnable de su sagrado recinto; allí tal vez estará libre de adoraciones que no acepta, de un incienso que la empaña y del espectáculo de la sangre que esta sociedad destila; de allí tal vez la veremos salir inmaculada y triunfante en días más serenos, y el Sr. Istúriz y yo aplaudiremos juntos á su venturosa aparición en una atmósfera purificada. Y si, por desgracia, no hubiese de resplandecer más entre nosotros; si ni los representantes del pueblo pudieran arrancarla de su frente el fúnebre crespón con que se ciñe, yo de mí sé decir que me encerraría en mi individualidad fiera y solitaria, viendo consumirse lentamente mi corazón sin fe, desbordarse el desprecio de mis labios, y contemplando silencioso é indiferente así la ola que deposite en la arena y á mis pies los restos del naufragio, como la ola que se estalle en mi frente y me sepulte en su seno. Aun entonces adoraré la libertad, pero la adoraré como una idea; las lágrimas de mis ojos atestiguarán que ella fué la primera ilusión que iluminó con mágicos colores el horizonte de mi vida, pero que pasó ¡ay! como todas las ilusiones de la infancia, como pasa el primer amor y el primer sueño de gloria.

Queda de Uds., señores redactores, su seguro servidor que sus manos besa,

JUAN DONOSO CORTÉS.

CARTA Á DON JACINTO HURTADO

ADMITIENDO LA CÁTEDRA DE HUMANIDADES